

CAPÍTULO I

El gran sacerdote halló a Arion como esperaba, vestido con su túnica de lana parda meditando en la capilla dedicada a la diosa Sarpanit. Aún no había amanecido. Se sentó en cuclillas junto a él y esperó a que se percatara de su presencia. Arion abrió los ojos y vio junto a sí a su maestro. Inclino la cabeza y sonrió. Enar le hizo una señal para que se incorporara y le acompañara.

—Es la hora de partir, muchacho —susurró cuando Arion se levantó. El joven sacerdote le miró con cara de incomprensión.

Caminaron por un largo corredor de columnas desde donde aún no se veían con claridad las ramas nevadas de los frutales del huerto. Después, pasaron junto a los dormitorios individuales de los sacerdotes, estrechos y pobres y sin ninguna ornamentación, salvo las pinturas de las paredes con escenas de la creación de Atlan y de su dios principal, sentado en un trono junto a su esposa con su hijo en brazos. Arion presintió que le esperaba un largo viaje y que tardaría en volver a dormir en su tupido colchón de lana de oveja.

Al pasar ante la siguiente estancia, sus pisadas se mezclaron con los suaves ronquidos de los aprendices, que a esta hora dormían sobre los jergones, de apenas el ancho y largo de un hombre adulto, colocados en fila sobre una gran estera rectangular de heno.

Al final del largo corredor les esperaba la entrada que conducía a la cocina y al comedor, donde aún olía el pan horneado la noche anterior, que se consumiría en el desayuno. Desde aquí accedieron a la estancia más importante del templo, la estancia sagrada que, como un tesoro, cobijaba la estatua gigante de Marduk, erigida sobre un pedestal rectangular. Se hallaba exactamente en el centro del inmenso salón, mirando a las puertas de entrada donde, en otros tiempos, los trabajadores que edificaron la ciudad bajo la montaña le hacían

peticiones. Cuando pasaron junto a ella, los dos sacerdotes se arrodillaron y le hicieron una reverencia.

—Los dioses han regresado esta madrugada a la ciudad bajo la montaña —dijo sin titubear el viejo Enar.

—La profecía se está cumpliendo.

—Naturalmente, muchacho. ¿Por qué razón, si no, se iba a construir Ezelin y la ciudad bajo la montaña?

—¿Has visto sus pájaros, maestro? ¿Los viste entrar en la montaña? —le preguntó Arion con los ojos muy abiertos, esperando escuchar la historia completa.

—He contado más de sesenta pájaros grises volando en una columna hacia la Gran Puerta. Esta se ha abierto para ellos, y los he visto desaparecer en su interior, iluminado como si contuviera el sol. Después, la luz se ha apagado y la Gran Puerta ha vuelto a cerrarse.

—¿Y qué más, maestro?

—Nada digno de mención, Arion. —Enar enarcó las cejas y miró fijamente a su discípulo, como hacía siempre que iba a darle una orden—. Ponte las ropas de viaje que he dejado junto a tu caballo y parte de inmediato, que el tiempo se nos viene encima como murallas que caen. Gumbe te está esperando cargado con provisiones para cuatro días. Tienes que convocar a los núcleos para comunicarles que deben abandonarlo todo y volver aquí sin demora —concluyó Enar, y le señaló desde la escalinata del templo una de las cuadras donde aguardaba Gumbe, el caballo de Arion.

—¿Abandonar todo lo que tienen, maestro?

—Menos los carros y los animales en los que volverán y la comida necesaria para una semana. —Arion se mostró abatido porque desconocía las intenciones de Enar—. ¡Vamos, sacerdote, arriba ese ánimo! ¡Has sido elegido portador de la noticia por alguna razón! Reunirás a los núcleos y les convencerás de que su vida peligra si se quedan en el Valle. Tú sabes por qué se construyó la ciudad bajo la montaña y que el tiempo del desastre algún día llegaría.

Arion se enfundó los pantalones, las botas y la camisa, todos cosidos con piel de oveja. Cuando el muchacho montó sobre Gumbe, Enar le echó una manta cosida con trozos de piel de conejo sobre los hombros, le dio un gorro puntiagudo de la misma piel y le deseó un viaje sin contratiempos.

—Ve por el camino de la derecha, es el más corto, pero también el más peligroso. Por las noches, enciende un buen fuego, arrebújate contra tu caballo y resguardaos bajo un frondoso árbol. El león y el oso están hibernando ya, pero cuídate de los lobos. Mantén la mente fría como te he enseñado. Eres un sacerdote y sabrás lo que tienes que hacer durante el viaje y, asimismo, tu lengua hallara las palabras que debes decir al pueblo cuando te reúnas con él.

Con estos consejos, el joven abandonó la plaza y tomó la calle principal, al final de la cual le esperaba el inmenso portón de roble. Las pisadas de su caballo resonaban en el silencio de Ezelin, donde un día vivieron sus antepasados.

Ezelin, que significa Hogar de la Vida Eterna, la pequeña ciudad amurallada con su templo, fue levantada siglos atrás sobre un barranco por aquellos que llegaron de Atlan como sirvientes del dios para excavar la ciudad subterránea. Cuando concluyeron los trabajos, Marduk concedió la libertad a los que quedaron con vida, permitiéndoles vivir en el fértil valle al que Arion se dirigía, situado a unas cinco leguas de allí.

Cuenta la leyenda que el sacerdote que se quedó al cuidado del templo, meses después de la partida, bajó al valle para entregar a los hombres las leyes que el dios había redactado, además de las semillas de trigo, avena y centeno y las de los frutos comestibles, y les mostró cómo estudiar los cielos para saber los meses del año en los que debían sembrar y recoger la cosecha. También llevó consigo varias parejas de caballos, cerdos y ovejas para que las pastorearan, y enseñó a las familias el arte de la construcción de hornos donde cocer ladrillos de arcilla con los que edificar sus casas, los molinos y los utensilios para cocinar. Y a los niños que destacaron sobre los demás en sabiduría, les instruyó en el sacerdocio y se los llevó con él a Ezelin a esperar a que la profecía se cumpliera.

Arion volvió la vista hacia donde se elevaba el templo, un edificio escalonado de tres plantas, levantado con megalitos rectangulares de roca maciza, y después contempló la ciudad deshabitada. Aquel silencio permaneció en él como un sentimiento de opresión que le turbó el ánimo y no le abandonó ni siquiera cuando bajó del caballo para abrir el portón, ni cuando salió de la ciudad, ni cuando comenzó a bajar por la empinada cuesta nevada. Pero, igual que llegó, ese sentimiento fue desapareciendo sin apenas darse cuenta cuando tuvo que poner sus cinco sentidos en el camino. Condujo a Gumbe por el centro del sendero y fue buscando las señales que su maestro le había detallado, bajándose de su montura para comprobar de cerca las marcas en los árboles e, incluso, para olisquear o tocar los rastros dejados por los lobos sobre la nieve, o para tantear con el pie los huecos que hubiera, señal de algún barranco donde su caballo pudiera sufrir un percance. De lo contrario, ambos morirían sin que nadie pudiera auxiliarlos.

Llevaba casi una jornada de viaje y aún no había hallado ningún rastro de civilización, ni había encontrado viajero alguno con quien compartir su camino en aquella densa bruma que se diseminaba a lo largo y ancho del bosque, que le impedía ver las ramas de los abetos más allá de su brazo extendido. Amplificados por la niebla, en la lejanía, se mezclaban sonidos que Arion desconocía, como chirridos que, junto al crujir de la nieve a su paso, se convertían en ruidos nuevos para él.

—¡Ten piedad de mí, buen dios! —gritó, desesperado ante la falta de visión.

Enseguida se arrepintió de esa forma de actuar, pues un hombre de su formación, que conocía los peligros del bosque, nunca debía abandonarse a los arrebatos. Quién sabía qué manadas de lobos estaban de caza por la zona. Quién sabía si, por aquel arranque, le darían muerte y acabarían con las esperanzas puestas en él por el gran sacerdote.

Era un niño de seis años cuando Enar apareció un día en el Valle para llevárselo. Desde el momento de su llegada al templo, fue instruido con férrea disciplina para hacer de él un miembro cuya función en la sociedad fuera la interpretación de los mensajes de los dioses. Y, como sirviente divino, debía mostrarse a los demás como un sabio disciplinado. La meditación suponía, por tanto, un ejercicio diario para llegar al mundo de los dioses. Pero formar parte de

la orden sacerdotal también equivalía a guardar los secretos que durante eras fueron revelados por Marduk.

Desde su alumbramiento, los signos evidenciaron que Arion poseía el preciado don de la clarividencia. Por ello, sus padres no pusieron reparos cuando el gran sacerdote llegó para llevárselo. En el templo no tuvo apenas infancia, porque a su mente le quedaron escasos momentos para escapar de los ejercicios que su preceptor le imponía. Y de la niñez pasó a la adolescencia sin darse cuenta, endureciéndose aún más su disciplina y las dietas alimenticias; pero su voluntad férrea, fraguada desde que tenía recuerdos, siempre terminaba por vencer todos los deseos de su cuerpo.

Sin embargo, desde que había comenzado el viaje, su ánimo había flaqueado ya en dos ocasiones. Quizá porque iba a reencontrarse después de tanto tiempo con su familia, con una abuela y unos padres a los que no recordaba, y con una hermana de la que tenía noticia, pero a la que jamás había visto. El hecho es que ahora sus propios pensamientos le resultaban contradictorios y el trayecto le pesaba como si un árbol descansara sobre su espalda.

Bajó de su montura despacio. No sabía si aquel sendero cubierto de nieve era el camino que le llevaría hasta el Valle. Buscó alguna indicación, pero la espesa niebla tapaba cualquier señal que se pudiera seguir, así que decidió acampar allí mismo, bajo un conjunto de pinos. Ató el caballo a su silla de montar bajo una gran copa de pinsapo, donde se resguardarían de las inclemencias. A continuación, escarbó con la azada toda la nieve que se acumulaba alrededor hasta desenterrar el pasto seco, que segó y reunió en unas cuantas brazadas, y lo arrojó junto al animal. Después, preparó su saco de piel de reno y encendió finalmente un fuego, sobre el que puso a calentar nieve en un recipiente de barro. Cuando empezó a hervir, añadió el contenido de una ración: una bola seca y salada, amasada con trigo, carne de cerdo, y berzas y guisantes que los sacerdotes criaban en el huerto, dentro de la ciudad amurallada.

Mientras comía, Arion pensaba en la oscuridad. El viaje resultaría más soportable si la bruma se elevara durante el día y las nubes que cubrían el firmamento se alejaran. Al menos, si el cielo estuviera despejado, la luz de las estrellas y de la luna iluminarían su marcha y así no tendría que parar cuando la

noche llegara. Con este pesar se acomodó en su saco, sobre el montón de pasto amontonado, contemplando cómo se movían las llamas mortecinas.

Una premonición recorrió su espíritu y sus cuatro cuerpos vibraron, primero el espiritual, después el mental, a continuación, el astral y por último el físico, hasta erizársele el vello. Se desanudó la negra cabellera e hizo un sencillo ejercicio de concentración. Tomó contacto con todo lo que le rodeaba: el fuego, el árbol, su caballo echado junto a él, los ruidos entre la espesura, el peligro real y el supuesto, y fue apartándolos de su mente, uno a uno, hasta que se quedó en un estado de vigilia.

Su espíritu comenzó a desprenderse de él, como la piel de un cuerpo que se despelleja, y sintió que no pesaba. Después comenzó a subir, flotando fuera de sí mismo, y pudo verse metido dentro de su saco junto al fuego, hasta que, poco a poco, fue elevándose sobre el pinar hasta ascender a través de las densas nubes. Cuando el cielo estrellado apareció sobre él, como un campo de margaritas sobre una ladera escondida, dejó que su alma vagara libre por aquel brillante sendero. Pero, igual que los sueños terminan de improviso, su espíritu se dirigió sin control a la densa capa de nubes, que cubrían todo lo que su vista abarcaba, y la traspasó descendiendo a gran velocidad. Bajo ella no estaba el pinar que cobijaba a Gumbe y a él mismo, sino una ciudad blanca, rodeada de murallas grises, que brillaba en la oscuridad. Un mar en calma entraba hasta la ensenada de piedra, que comunicaba con una puerta de acceso a la ciudad, abierta en la muralla. Se dirigió, curioso, hasta los muros y, desde allí, contempló los canales circulares que separaban unas tierras de otras, situadas a mayor altura. Sobre los canales, unos puentes anchos y lisos, tan amplios como cinco hombres tumbados en hilera, daban acceso a las construcciones colosales de blanca piedra que se alzaban sobre plataformas rectangulares, donde a esa hora dormirían plácidamente sus habitantes. Estrellas quietas, capturadas en largas lanzas, iluminaban las calles vacías. Ante tanta grandiosidad, sintió su propia pequeñez.

Un ruido ensordecedor le hizo volver la vista hacia el mar, del que repentinamente surgieron fuertes oleadas que se aproximaron hasta los colosales muros, golpeándolos sin consideración una y otra vez, hasta que las paredes se desmoronaron en pedazos. «El tiempo se nos viene encima como murallas que caen», le había dicho su maestro en Ezelin. Y las olas no tardaron

en invadir aquella fortaleza, en arrasar todo aquello que su fuerza alcanzaba. Los habitantes comenzaron a salir de los edificios, huyendo hacia las torres, pero las aguas les engulleron como a ratones.

Su espíritu huyó horrorizado hacia las nubes, vagando entre ellas sin rumbo, perdido y confuso. De repente, despertó dentro de su saco y volvió a ver la niebla, que había cubierto todo el pinar. El fuego no ardía, de modo que salió de su cobijo, echó unas ramas y sopló suavemente para reavivarlo. En cuclillas, esperó a que la leña comenzara a arder para volver a acostarse, pero por el rabillo del ojo notó una presencia detrás de él. Tembloroso, se dio la vuelta muy despacio para evitar ser atacado, pero no era una fiera lo que le acechaba, sino una mujer de cabellos rubios, recogidos en un gran moño trenzado, que vestía un traje resplandeciente ajustado a su cuerpo, como el de un dios. Sintió cómo su piel se erizaba por la devoción que sentía y se dejó caer frente a ella con una genuflexión.

—Levántate, hijo —oyó que le decía.

Arion se puso en pie y contempló la cara de la dama. Era tersa y blanca, de facciones angulosas y, a la vez, muy femeninas, de una belleza como jamás había visto en un ser humano. Tenía los ojos grises, como las nubes que anuncian tormenta, pero también azules como el cielo soleado.

—Quiero que conduzcas a tu pueblo hasta Nueva Atlan.

—No sé dónde está Nueva Atlan.

—De allí vienes. Nueva Atlan es el refugio que nos ayudasteis a construir bajo la montaña.

—Me dirijo al Valle para llevar a mi pueblo hasta Ezelin por mandato del gran sacerdote, ya que la profecía se ha cumplido.

—Lo sé, por eso te he mostrado lo que le sucederá a Atlan cuando las aguas arrasen todas las costas. La niebla se levantará pronto. No te demores en el camino pues la avalancha no esperará a que os salvéis. Estaré dentro de ti y guiaré tus pasos.

—¿Puedo saber quién sois?

—Soy Sarpanit, esposa de Marduk, hija de Adamu, nieta de Enki.

Arion abrió los ojos como platos y se hincó de rodillas agachando la cabeza.

—¡Majestad!

No supo qué más decir y se quedó postrado frente a ella.

—Despierta —oyó, como si fuera un eco lejano traído por el viento.

A pesar del intenso frío, se despertó sudando dentro de su saco. Su caballo dormitaba de lado junto a él, con el cuello estirado, la nariz pegada al heno amarillento, bufando estentóreamente y levantando pajas del suelo con cada golpe de aire. Su piel, del color de los robles y cubierta de mechones de lana rizados, se movía al compás de su respiración, lo cual le tranquilizó; si algún peligro los acechara, su caballo lo habría sentido. Sonrió al contemplar cómo sus dos pequeñas orejas, que apenas sobresalían de su frente, parecían dos cuernos escondidos entre la maraña de pelo que le protegía de los rigores del invierno. Arion se arrastró metido en su saco hasta el animal porque, tras aquella visión tan real, necesitaba sentirse confortado, y se quedó dormido.

Sintió que algo le mojaba la cara con algo caliente y abrió sus ojos.

—¡Gumbe! Creí que era un lobo a punto de devorarme —le dijo riendo.

Se desperezó abriendo los brazos y bostezando y, una vez que salió del saco de piel, se dirigió al borde del camino nevado, donde orinó descuidadamente. Desató a Gumbe para que también hiciera sus necesidades mientras él recogía las pertenencias. Al acabar, ensilló al caballo, ató el saco en la parte de atrás de su montura y colocó los cacharros de la cena a ambos lados de la grupa. Después montó y, con un golpe de rodillas, lo hizo ponerse en marcha. Como no se había parado a desayunar, de uno de los bolsillos sacó unas galletas hechas con harina de cebada y moras, que devoró en dos bocados.

La niebla había desaparecido, tal y como le había anunciado la diosa, pero, en la más completa calma, comenzaron a caer finos y suaves copos de nieve que se deshacían al entrar en contacto con su cuerpo. Extendió el brazo con la palma abierta, agradecido por aquel cambio en la monotonía de su viaje. Sin detenerse, desató su capa de piel de conejo y su gorro, que llevaba enrollados sobre las ancas del animal, y se cubrió los hombros y la cabeza. Calculaba que debía de haber cabalgado unas tres leguas desde que partió de Ezelin, cuando el camino, que había sido a trechos llano, comenzó a descender en pendiente.

La nieve que caía suavemente sobre sus hombros se volvió poco a poco más densa y, cerca del mediodía, aparecieron ventiscas azotando las ramas de los pinsapos, removiendo el suelo y levantando remolinos. El cielo, cubierto de

nubarrones oscuros que se engarzaban entre sí, se convirtió en una sombra amenazadora que ahogaba la poca luz existente.

De repente, aparecieron unos roquedales al lado derecho del camino; aliviado, saltó de su montura y tiró de Gumbe hasta ellos con la esperanza de encontrar cobijo allí. Para su sorpresa, en una de las paredes halló una cueva por cuya abertura, afortunadamente, cabía su caballo. Le pareció un lugar demasiado pequeño para los dos, pero consiguió arrastrar al animal hacia el interior de aquella oquedad que olía a moho y a excrementos. Era fría y oscura, pero serviría para cobijarlos de la nevada y evitar que ambos perecieran por congelación. Dio gracias a la diosa y le dirigió una oración por haberles salvado de una muerte segura.

La oscuridad los envolvió en pocos minutos con su pesado silencio, solo quebrado por las sacudidas de su caballo, pues gran parte de la abertura se había cubierto de nieve. Con los cinco sentidos alerta, llegó a percibir el caer de los copos obstruyendo la oquedad y se tapó los oídos. En su interior, su corazón empezó a latir violentamente y su respiración se descompasó. Sentía que se ahogaba en aquel agujero claustrofóbico, quería echar a correr al exterior para respirar, pero se envolvió en su manta intentando relajar todos sus músculos como había aprendido y, poco a poco, una calma entró en él, le dio la bienvenida y dejó que su espíritu se liberara.

Ya no se asustaba al verse sobre sí mismo como las primeras veces. Aquel verano de su octavo cumpleaños, realizó el primer intento. Su espíritu salió flotando lentamente, curioso, intrigado por aquella sensación tan agradable de no sentir su cuerpo, pero, al verse desde arriba, un ataque de pánico lo devolvió a la carcasa física. La segunda vez, su cuerpo saltó como un caballo encabritado al sentir el cordón de plata que unía cuerpo y alma y decidió no volver a intentarlo. Pero, como los otros novicios se burlaron de él llamándolo cobarde, practicó sin ayuda el vuelo en cortos trayectos por encima del templo, desde donde contempló maravillado la torre escalonada de tres alturas que descansaba sobre él, hasta que poco a poco consiguió dominar con tesón aquel miedo a vagar sin el cuerpo.

En esta ocasión, su viaje lo elevó entre los espesos nublados. Ascendió traspasando la capa gris hasta gozar los tibios reflejos del sol, que casi se había convertido en recuerdo. Deseó volver a ver su aldea, los campos, los regatos, la

vida desconocida de su familia, y su deseo se cumplió en un instante, lo que dura un pensamiento. Justo cuando contemplaba las empinadas techumbres de los hogares, cubiertas de blanca nieve, unas puertas se abrieron de par en par y unas dos decenas de hombres salieron del salón, despidiéndose sin detenerse. Buscó entre ellos a su padre, pero ninguno se parecía a la imagen que tenía de él en sus recuerdos. Decidió seguir a un hombre que caminaba por un sendero arbolado hacia un puente, en dirección a una solitaria casa de piedra con tejado de brezo. El hombre se paró ante la puerta y dio unos golpes con los nudillos, hasta que una hermosa mujer de cabellos negros, recogidos en una trenza, salió. Lo supo al instante. Eran sus padres y su hogar. Sintió el calor de las lágrimas correr por su cara y aquella sensación le trajo de nuevo a su cuerpo.

Oyó a su caballo removerse nerviosamente. Se sorbió la nariz y con la manga se secó las lágrimas. Saltó hacia la entrada de la cueva, cubierta totalmente de nieve. Escarbó aprisa con las manos hasta hacer un agujero lo suficientemente grande como para salir, pero el viento aullaba y movía estrepitosamente las ramas.

«¡Estoy solo!», oyó quejarse a su mente.

«Estás acompañado por Gumbe, esperando a que la tormenta cese», sintió en su corazón.

—Mi familia no sabe que puedo morir aquí —dijo por fin, y volvió a llorar de rodillas en el suelo.

Pero algo lo sacó de su angustia. Algo que provenía del otro lado de la pared. Era como escuchar el agua sorteando las piedras, pero con diferentes sonidos que parecían tener algún sentido. Le vinieron a la mente las historias que hablaban de los Profundos y de su lenguaje.

«De modo que existen en realidad, no son cuentos de viejos al calor de la lumbre», pensó.

Al cabo creyó entender, intercaladas con las palabras de los profundos, palabras en su lengua. Una voz humana se distinguía entre las otras. Una voz de mujer que ordenaba a los Profundos alertar al Pueblo de la Cueva. ¿Quién estaba allí con los Profundos? Permaneció pegado a la roca para desentrañar el misterio, pero las palabras cesaron y sintió de nuevo la soledad acompañándole.

Decidió que tenía que salir de allí lo antes posible, o acabaría volviéndose loco. Primero a patadas y después con los brazos, retiró los restos de nieve que

cubrían el hueco de la cueva y, cogiendo a su caballo de las riendas, salió al blanco exterior. Los ojos le dolían de tanta pureza. La tormenta había cesado y el sendero se había convertido en un manto liso e inmaculado. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? ¿Qué hora del día sería? No había probado otro alimento que las galletas y Gumbe no había comido, pero no dudó en continuar su camino sin hacer otra parada, a pesar de que el sendero estaba cubierto de nieve blanda en la que ambos se hundían hasta las rodillas. En caso necesario, decidió que encendería el palo cubierto de yesca, grasa y lana de oveja.

Afortunadamente, tras unos cientos de pasos, el camino se fue haciendo más transitable y, finalmente, pudo montar a lomos del caballo. Avanzó por tramos dudosos, subió y bajó empinadas lomas, estuvo convencido mil veces de que la senda que seguían no le llevaría a su poblado, pero, aun así, siguió adelante. Pasó por riachuelos helados que crujían a su paso, frente a roquedales puntiagudos que le observaban como vigías, cabalgó por senderos desconocidos entre grandes robles y helechos y, finalmente, frente a él apareció el desfiladero. Desde la cima contempló el río prácticamente helado y supo que pronto vería tierras valladas: ¡Las del Valle de Marduk!

Azuzó al animal y comenzó a trotar, pero a Gumbe le vencían el cansancio y la inanición, por lo que aflojó la marcha, a pesar de que la noche estaba a punto de caer. Avanzaron por sendas con los campos nevados a ambos lados del camino. Subieron una empinada cuesta y, una vez en la cima, divisó dos grandes robles, uno a cada lado del puente de piedra, por el que cruzaba un riachuelo completamente helado. Bajó de su montura y caminó aprisa tirando del animal. Observó los ondulados campos blancos que su pueblo no volvería a preparar para la siembra y sintió tristeza. Más adelante, las primeras construcciones abandonadas le recibieron lúgubres, con la techumbre vencida.

Cruzó un segundo puente y vio los establos comunes. Recordó vivamente la imagen de su abuela llevándolo de la mano para ver a los animales encerrados y dándole la papilla que se negaba a comer en casa. Las reses casi no se movieron a su paso. El molino de paredes de piedra y techo de brezo, situado en el curso rápido del río, movía su rueda. Respiró profundamente el olor a harina y sus tripas resonaron. Tragó saliva y continuó hasta cruzar el tercer y último puente. Corrió unos metros dejándolo atrás y se dejó caer de rodillas en el suelo.

—¡Soy Arion! ¡He vuelto! —gritó.

Se revolcó en la nieve, pataleando al viento y rezando salmos de agradecimiento a Sarpanit por haberlo conducido sin percances.

¿Por qué nadie salía? ¿Dormían todos? Parecía un pueblo abandonado.

Avanzó a zancadas por el pequeño puente por donde, horas antes, había visto cruzar a su padre y continuó por la vereda hasta su casa, la misma que abandonó doce años atrás, cuando solo tenía seis años, dejando aquella vida de cazadores, de artesanos y de granjeros.

Nada de lo ocurrido le pesaba ahora. Cualquier mal pensamiento desapareció. Estaba frente a su casa de ladrillos rojos. Golpeó las ventanas.

—Soy Arion, hijo de Edidur.

Le dolían los ojos y la nariz de felicidad, como si las lágrimas tuvieran que abrirse paso por ellos a cuchilladas. Oyó a su madre y a su abuela chillar primero. Después, el crujido de la puerta de madera abriéndose. Debía mantener los ojos cerrados hasta que su padre pusiera una mano en su hombro y le diera la bienvenida. El ritual de la espera le pareció una eternidad, pero lo olvidó al instante cuando fue levantado del suelo y sintió su cara apretada contra otro pecho de hombre, que lo llamaba «hijo mío». Después, notó que otros brazos femeninos le rodeaban la cintura desde la espalda y una cara se apoyaba sobre él. A continuación, notó la presencia de su abuela, que lo abrazó, cubriéndolo de besos y de lágrimas. Contempló sus caras, y después vio a alguien más. Apartada y sola, con sus ojos verdes y temerosos, vio a una niña. Era su hermana Arisa, con el mismo pelo negro que su madre, tan hermosa o más que ella.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó.

Arisa movió la cabeza asintiendo.

—Gumbe no ha comido en todo el día. ¿Me acompañas a encerrarlo y darle de comer?

Arisa miraba al suelo girando los brazos en ambos sentidos y no hizo ademán alguno de acompañarlo.

—¡Deja! Ya lo llevo yo al establo. Entrad en la casa, que hace frío —dijo su padre.

Literalmente, empujaron a Arion adentro y le hicieron sentarse en uno de los bancos del salón, al calor del fuego. Iban a contarse una vida entera, la familia completa al fin.

—¿Qué tal el viaje? ¿Ha sido largo? —le preguntó cortésmente su madre. Al fin y al cabo, era como un extraño.

—He seguido las indicaciones del gran sacerdote y, afortunadamente, no me he perdido —respondió sonriendo.

—¿No has tenido problemas con los lobos? —le preguntó su abuela.

—Por suerte, no.

—Claro, porque eres un hombre santo y te ha guiado Marduk —le respondió sonriente su madre.

—Seguro que sí —dijo él con otra sonrisa.

Cuando llegó su padre hubo alguna pregunta y algunos cumplidos más, hasta que su abuela narró una anécdota de cuando Arion era un bebé.

—Casi no hablabas —le dijo—. Aquella noche los lobos habían matado muchos corderos y, no saciados, fueron hasta los establos de los caballos. Una yegua había parido un potrillo por la mañana y los lobos intentaron separarlo de su madre para matarlo también, pero esta no lo permitió. Y tú, que habías escuchado por la mañana a tu padre contar que el potrillo había nacido, y por la noche que se había salvado de los lobos, abriste la boca para decir «a Gumbe, gobos no». Tu madre, acostumbrada a oírte balbucear palabras sin sentido no te hizo caso, pero tú volviste a repetir lo mismo con más ahínco: «¡a Gumbe, gobos no!». Y yo entendí, de repente, que Gumbe era el nombre que habías puesto al potrillo y que nos estabas diciendo en tu lengua que a Gumbe no se lo habían comido los lobos.

Arion se emocionó al escuchar aquella historia olvidada, y comprendió el motivo por el que recordaba con mayor claridad dónde estaban los establos. No era porque su abuela lo llevara hasta allí para ver a los animales mientras le daba su papilla, sino porque allí estaba su potrillo. «Una cucharada para ti y otra para Gumbe», le decía.

—Tiene dieciséis años ya —dijo Arion con los ojos brillantes.

Su madre puso la cena sobre la mesa y le animó a comer todo lo que le había servido: queso de vaca, cecina de reno, pan tierno, leche y miel. Y cuando terminó de cenar, lo cogió por un brazo y lo llevó escaleras arriba, hasta una habitación con dos camas.

—¿Recuerdas este dormitorio? Aquí dormiste con la abuela hasta que te fuiste.

Arion asintió. Los recuerdos le estaban haciendo mella y un par de lágrimas amenazaban con salir.

—Creo que la ropa es de tu medida. Eres tan alto como tu padre. Escoge la que mejor te venga.

Sobre uno de los jergones de lana se exhibían las prendas más limpias que jamás viera, mucho más cómodas y holgadas que su indumentaria de viaje. Y a los pies del lecho, descansando sobre una tabla de madera con cuatro patas labradas con dibujos de osos, se topó con unas botas de piel suave y suela plana y delgada.

—Gracias, madre —le respondió, sorbiéndose la nariz.

—Querrás darte un baño. —El joven asintió—. En el cuarto de enfrente hay una tina. Tu padre subirá las vasijas de agua que hemos puesto a calentar y enseguida te la llenará. Mientras te bañas, prepararé tu dormitorio en el desván.

Arion se despojó de las botas, altas y pesadas, y de sus prendas usadas y sucias, pero, al desanudarse el calzón, observó que su madre seguía allí, en un rincón, expectante, y sintió vergüenza por primera vez en su vida. Nunca una mujer lo había observado mientras se desnudaba. Ella se fijó en sus ojos suplicantes y comprendió que su hijo ya no era un niño de pecho, sino un hombre con secretos de hombre, y salió de la estancia.

Por el gran ventanal del cuarto del aseo, el inmóvil cielo negro parecía un horrible cuadro sobre la pared blanca de madera. El sacerdote se introdujo dentro del gran recipiente de barro rojo y, por primera vez en su vida, sintió que tenía una familia. El olor de las esencias en los vapores del agua caliente lo transportaron a la estación de las flores. Podía percibir el roce de la hierba verde en sus pies desnudos. Mil fragancias lo inundaron. Pensó que jamás lo había vivido y que aquella ensoñación estaba ocurriendo gracias a la historia contada por su abuela momentos antes. Quería que llegara la primavera para poder sentirla de nuevo. Aquel dulce deseo se volvió preocupación cuando la realidad le golpeó. No había venido para quedarse con su familia, sino para hacer un viaje de vuelta a Ezelin; tal vez sin retorno. La vida de todos los suyos estaba en peligro y debía prepararles para la desgracia que estaba por venir.

—¡Bienvenido, Arion de Ezelin! —repetía una y otra vez una vocecita que escuchaba por primera vez, sencilla como un hilo de seda, dulce y amable.

Arion abrió los ojos y vio en el otro lado de la tina, frente a su pecho, la carita redonda, blanca y sonriente de Arisa.

—Ven aquí. ¿Ya no me extrañas?

Arisa negó con la cabeza y, acto seguido, se introdujo con su hermano en el agua, tan desnuda como lo estaba él.

—Gumbe es ahora mi caballo preferido —le dijo la niña con su vocecilla de pájaro—. Ya tengo seis años —añadió sin esperar respuesta.

El muchacho cogió a su hermana y la sentó sobre sus piernas.

—Yo tengo dieciocho. Cuando tenía tu edad me llevaron a Ezelin —le dijo al oído.

—¿Es cierto que tienes poderes?

—Tal vez.

—¿Puedes mostrármelos? ¡Por favor! —le suplicó.

—Debo concentrarme y se tarda un tiempo.

Arion comenzó a hacerle cosquillas y el pajarillo rió a carcajadas.

—¡Para! —le gritó con risa nerviosa.

Arisa salió disparada de la tina, desapareciendo, desnuda como estaba, de la sala de baño. Parecía que nunca había estado allí. Inmediatamente a Arion le vino a la memoria el recuerdo de una ardilla, capaz de desaparecer de la vista de una persona de ese modo. Cuando se hubo vestido bajó a la acogedora sala y se sentó al lado de su padre junto al fuego. Arisa estaba en brazos de Tea, que la acunaba cantándole una nana. El joven abrió la boca para decir algo, pero Tetea puso su dedo índice en los labios advirtiéndole a Arion de que guardara silencio. Sin embargo, en cuanto la niña se percató de la presencia de su hermano, abrió los ojos.

—¿Te sabes algún cuento? —le preguntó.

—Si estabas dormida —le respondió su madre.

—Es como los ratoncitos, que se despiertan por la noche —dijo sonriendo su abuela.

—Es una rata sabia —sentenció Edidur.

—Veamos —dijo Arion mirando al techo—. ¿Conoces la historia de cómo fueron creados los hombres? —Arisa negó con la cabeza, abriendo de par en par sus ojos verdes—. En tiempos remotos, había un reino bajo la tierra donde vivían los Profundos, un pueblo extraño de seres parecidos a los peces. Se dice

de ellos que fueron los primeros hombres que nacieron en la tierra, pero que, a causa de una lluvia de fuego que quemó los bosques donde vivían, se refugiaron en unas cuevas muy hondas que terminaban en las profundidades del mar.

El padre añadió dos troncos de pinsapo a la fogata que ardía en medio del enorme salón, alrededor del cual todos escuchaban, una vez más, aquellos hechos repetidos de generación en generación.

—Después de que transcurrieran miles de años desde aquel desastre, los hombres se transformaron en unos seres que podían respirar debajo del agua y nadar como los peces. Mientras tanto, la tierra se fue curando y la vida volvió a nacer y a criarse en ella. Los árboles llegaron a extenderse por la superficie arrasada, y las hierbas, las flores y los frutos volvieron a ser la comida de los animales, que, como los hombres, también se habían refugiado en madrigueras. Por tanto, unos animales se convirtieron en la comida de otros, más rápidos y fuertes, que fueron adueñándose de la tierra. Y, con el pasar de las eras, cuando la tierra hacía mucho tiempo que había sanado, llegó en un pájaro de fuego un dios, que era un rey destronado. Venía huyendo de su reino, que era parecido a nuestro mundo.

—¿De quién huía? —preguntó Arisa.

—Del rey que lo destronó. Y después de mucho buscar en la tierra, encontró lo que en su mundo necesitaban: el metal dorado —dijo Arion tocando el pendiente de la oreja de Arisa.

—Sigue, hermano —le apremió. Todos asintieron porque no conocían aquella parte de la historia.

—Cuando el rey destronado reunió el suficiente oro, regresó a su pájaro de fuego y habló a través de una bola parlante que llevó su voz y su imagen hasta su lejano mundo, para que el rey que le destronó pudiera ver el metal dorado que necesitaban, tanto como la comida, para vivir.

—¿Por qué lo necesitaban, Arion? —preguntó con su vocecilla la niña.

—Porque el aire que respiraban allí, en aquel lejano mundo, se iba escapando hacia el cielo y aquel oro, si se molía muy fino y se depositaba en los agujeros abiertos en el aire, impediría que todos los árboles y los animales murieran y, con ellos, todos los dioses.

Arisa movió la cabeza en señal de aprobación, se metió el dedo pulgar derecho en la boca y se acurrucó en el regazo de su madre.

—A aquel dios destronado se le perdonó la vida, pero no pudo volver a su mundo. De modo que esperó a que cincuenta dioses, que hasta entonces habían sido sus súbditos, viajaran desde el cielo a la tierra con su comandante, un dios llamado Enki, hijo mayor del nuevo rey y yerno del rey destronado, para comenzar a buscar oro en los ríos que nacían en una tierra lejana situada en el sur, llamada Blancatierra, que ahora está completamente helada y donde ningún dios vive ya.

—¿No hay aventuras en este cuento? —preguntó Arisa bostezando, pero su hermano no le respondió, sino que siguió contando la historia.

—Con el paso de los años, en la Blancatierra, construyeron una ciudad llamada Eridú, que significa «Hogar construido en la lejanía», para limpiar el oro de impurezas y subirlo en los pájaros de fuego hasta el cielo, donde esperaba un carro gigante que lo transportaba hasta su mundo. Los dioses siguieron llegando hasta sumar seiscientos en la tierra y trescientos en el carro gigante. Pero, como los dioses enfermaban o resultaban heridos extrayendo el oro de las aguas heladas, un día bajaron a nuestro mundo doscientas diosas curanderas con su jefa, llamada Nud, y Enlil, hermano de Nud y de Enki, que había sido nombrado por el rey, su padre, jefe de la misión.

Arisa abrió los ojos cuando escuchó que también había heroínas en la historia.

—¿Y qué pasó con las diosas?

—Calma, que aún no he llegado a esa parte de la historia —le dijo sonriendo—. Cuando la Blancatierra se cubrió completamente de nieve, los dioses volaron en sus carros hasta unas tierras situadas en el este donde corren cuatro ríos, y allí, en su desembocadura, volvieron a construir la ciudad de Eridú, desde donde partieron a buscar oro por todo el mundo, hasta que lo hallaron en un lugar al que llamaron Abzu, que significa Cueva descubierta, donde encontraron a unos seres que vivían allí.

Y miró a Arisa.

—¿Los hombres pez? —preguntó emocionada.

—Eres muy lista, hermana... Como los hombres pez no querían enemistarse con los dioses, se ofrecieron a ellos como sus guías, enseñándoles grutas donde el oro abundaba. Los dioses mineros se agotaban del calor que hacía bajo tierra y de las condiciones en las que tenían que trabajar, hasta que

un día, se levantaron contra el dios Enlil y exigieron mejores condiciones de trabajo. Entonces, Enlil pidió consejo a su hermano Enki para intentar acallar las quejas de los trabajadores. Y Enki, ayudado por su hermana Nudimud, encontró la solución. Nud mezcló la sangre del rey de los hombres pez con la del jefe de los dioses mineros. La sangre mezclada fue introducida en el vientre de una de las diosas curanderas, y nueve meses después, nació el primer niño con los ojos grandes y redondos de pez, y piernas y brazos de hombre. Pero era torpe y no servía para trabajar en las minas. Después de muchos intentos, siempre nacían seres deformes, de modo que probaron con la sangre de otros animales de la tierra, como águilas o leones, y la sangre de un dios, pero siempre nacían abominaciones salvajes que no obedecían las órdenes de los dioses.

—¿Cómo eran las *abominones*, Arion? —dijo, con los ojos abiertos de par en par, Arisa.

—Ya la has despabilado del todo, hijo —susurró la madre, y Arion le guiñó un ojo a su hermana.

—Hombres con cabeza de león, o de águila, con garras en los pies o alas en lugar de brazos. —Arisa abrió la boca y los ojos de par en par otra vez—. Entonces, Enki probó a mezclar la sangre de un ser primitivo que vivía en los bosques, parecido a los hombres, con la de un dios. La diosa Nudimud, después de muchos ensayos y errores, consiguió dar vida a un ser que nació sano y dócil, y podía entender las órdenes que le daban. A este siervo se le llamó Lulu, que significa esclavo mezclado. Pero como los Lulu no podían reproducirse, las diosas curanderas se dedicaron a parir a cientos de ellos y les dieron la capacidad de vivir miles de años, para no volver a quedarse embarazadas. Los dioses de las ciudades que se construyeron a lo largo de los cuatro ríos también desearon tener a los esclavos trabajando en sus templos, así que llegaron hasta el Abzu y se llevaron a una parte de ellos. Y miles de años después, viendo Nud y Enki que los Lulu habían evolucionado, crearon machos y hembras que podían reproducirse, y las hembras quedaron preñadas y tuvieron hijos.

Nadie, incluida Arisa, deseaba irse a dormir sin haber oído todos los detalles de aquella historia.

—¿Quién quiere escuchar ahora la historia de nuestros antepasados? —preguntó Arion, mirando sonriente a su hermana.

—Yo —contestó Arisa, levantando el dedo índice de la mano que momentos antes había estado en su boca.

—Sucedió hace al menos cincuenta mil años, que los hijos de los hombres se multiplicaron en las ciudades de los dioses. Fue tal el número de seres humanos que se habían reproducido, que Enlil decidió expulsarlos a todos, a excepción de los sirvientes que criaban los rebaños y los huertos, los artesanos que producían la cerveza y el vino, las cocineras y panaderas, y los sacerdotes y sacerdotisas. Entonces, aquellos hombres abandonaron el país de los dioses porque los campos que rodeaban las ciudades estaban secos y no había conejos, ni ciervos, ni renos para cazar, pues habían huido de la sequía muy lejos de allí. Los pocos que sobrevivieron persiguiendo a los animales llegaron hasta el lejano norte de estas tierras.

Las llamas iluminaban la sala y se reflejaban en los ojos de Arion, que miraba callado fijamente al fuego.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Arisa, deseando que continuara aquella historia.

—Un día, un adivino que dormía con unos cazadores dentro de su tienda despertó porque tenía necesidad de orinar. Una luz atravesó el cielo negro, moteado de estrellas. Él la siguió con la vista, pero la luz se detuvo sobre él y después comenzó a descender. Como aquella luz le cegaba, se tapó los ojos con el brazo y, cuando lo apartó, vio frente a sí a dos hombres vestidos con trajes de dioses.

—¿Cómo son los trajes de los dioses? —volvió a interrumpirle Arisa

—Ajustados al cuerpo, como si fueran desnudos —respondió Arion, recordando la aparición de Sarpanit—. Entonces, los dos dioses entregaron al adivino cuatro piedras redondas con fuego en su interior y le ordenaron construir cuatro balsas de troncos. Y en ellas se colocaron las piedras, que guiaron a su pueblo hasta las tierras del sur, donde los dioses les enseñaron a construir una ciudad a la que llamaron Atlan.

—¿Y dónde está Atlan?

—Cerca del mar, a muchas leguas de aquí —le respondió su hermano.

—¿Has vuelto por Atlan? —preguntó su padre.

—Es tarde para hablar de eso —dijo su esposa, mirando a la pequeña—.

Y el viajero necesita descansar.

—Es cierto. Hoy ha sido un día largo para nuestro hijo —dijo Edidur, levantándose de su sillón y colocando tres piedras en el hogar para evitar que la leña cayera fuera.

Tea cogió a su hija en brazos y la abuela Tetea les siguió por la escalera con una lámpara de aceite. El padre retiró el banco y los sillones de madera, y al darse la vuelta, vio que su hijo lo esperaba.

—Creía que habías subido a dormir con los demás.

—Respecto a si he vuelto por Atlan, mi respuesta es que he venido para convocar a todos los Lun a una Asamblea mañana por la tarde en Tantil.

—¿Cuál es la causa? —dijo, mirándolo con preocupación.

—Prefiero hablar de ello mañana en la reunión.

—Tus razones tendrás, hijo.

—Las tengo, padre.

—Avisaré a los mensajeros para que salgan al amanecer.

—¿Te acompaño?

—Descansa.

—Gracias, padre.

—Diré a tu madre que voy a salir para que no se preocupe.

Arion se echó sobre el jergón, desenrollado en las tablas del desván vacío, se arropó con las mantas de lana de oveja y se quedó mirando al techo de vigas, sobre el que descansaba el tejado de barro, paja y brezo.

«Los dioses necesitan a los hombres igual que los hombres necesitan a los dioses», se dijo mentalmente, y sonrió tras llegar a esa conclusión.

Sin darse cuenta, sus pensamientos fueron arrinconándose, uno a uno, en lo más profundo de su conciencia, y su cerebro se fue aplacando hasta que dejó de pensar. El resorte que le mantenía vigilante se había desactivado, sabedor de la seguridad de estar nuevamente en su hogar, con toda su familia durmiendo junto a él.